

biar. Este acuerdo de todas las políticas es al interés del Estado, lo que el consentimiento universal de los pueblos á la existencia de Dios.

En 1792, M. Burke decía en sus *Memorias* acerca de los asuntos de Estado: «La España no es una potencia que puede sostenerse por sí misma; le es preciso apoyarse en la Francia ó en la Inglaterra. Importa tanto á la Gran Bretaña impedir la preponderancia de los franceses en España, como si este reino fuese una provincia inglesa, ó como si dependiese tanto de ella como el Portugal. Esta dependencia de España es de una importancia mucho mayor, porque si esta nación fuese destruida ó sometida á cualquiera otra dependencia que la de Inglaterra, las consecuencias serían mucho más funestas. Si la España se ve obligada por la fuerza ó por el miedo á firmar un tratado con la Francia, será preciso que le abra sus puertos, que admita su comercio, y que mantenga una comunicación por tierra con los paisanos franceses.

«La Inglaterra puede, si lo tiene á bien, consentir esto, y la Francia hará una paz vencedora y avasallará enteramente la España, y se abrirá todos sus puertos.»

Basta dirigir una mirada sobre el mapa y sobre la historia para juzgar acerca del interés que tenemos en la unión de ambos reinos. Si estamos en desacuerdo con España, nuestras provincias del Mediodía se encuentran privadas de un comercio que constituye la riqueza, y nuestra marina, falta en ambos mundos de los auxilios y de los puertos tan necesarios en nuestros conflictos con los ingleses. Durante la guerra de 1756, los esfuerzos de la España nos libraron de las vergonzosas condiciones que nos fueron impuestas por el tratado de 1763, y en 1778 y la unión de las dos marinas obligó á la escuadra inglesa á refugiarse en el canal de San Jorge. La república conoció, en la presencia de un ejército español el peligro de dejar abierta nuestra frontera del Languedoc y del Bearn, y se dió prisa á concluir la paz de Basilea. Bonaparte conoció igualmente la necesidad política; pero en lugar de hacerse de la Iberia una aliada, quiso conquistarla, cometiendo en esto un inmenso despropósito.

El advenimiento de los Borbones al trono de Carlos II no fue un mero asunto de testamento y de aceptación de un legado; fue un acto de alta ciencia diplomática que no se consiguió á un precio demasiado costoso: al precio de las desgracias de la guerra de 1701. La España es uno de nuestros flancos, que nunca debemos dejar descubierto; la España es un satélite que debe permanecer siempre dentro de nuestra órbita para la regularidad de sus movimientos y los nuestros.

Las ventajas de la buena inteligencia de los gabinetes de Madrid y París, eran también comprendidas por la Inglaterra, que un artículo secreto de sus tratados en 1815, prescribe la destrucción del Pacto de familia. La España inglesa y austriaca desarrolla á nuestra vista una nueva frontera que defender; nos remontamos al reinado de Felipe II, y perdemos la obra de Luis el Grande. Además, no siendo ya respetado el territorio de la Suiza, quedamos sujetos á heridas así por el lado de los Alpes como por el lado de los Pirineos.

Este es el peligroso estado que he emprendido hacer cesar, á fin de que volvamos á colocarnos dentro del inviolable recinto en que descansaba la Francia desde el siglo XVII. Merced á los esfuerzos de Luis XIV, no nos quedaba sino una sola línea que defender desde Tournay hasta Basle; pero Vauban había erizado esta línea de fortalezas; la Francia estaba cerrada como una caja, y no se podía penetrar en ella sino por una abertura de fuego al Nordeste, y por dos entradas, una al Oeste, otra al Mediodía; entradas cuyas puertas guardaban nuestras escuadras y dos mares.

LI.

Tratados de Viena.—Pasaje de la MEMORIA ACERCA DE LOS ASUNTOS DE ORIENTE.—Gabinete de Luis XVIII.

Ahogada la demagogia, dominada nuestra aliada por nuestra atracción, de nuevo encontrado un ejército, debíamos recobrar inmediatamente nuestro rango político y militar. En tal caso, en el gabinete ó debajo de la tienda de campaña, estábamos en el caso de hacer modificar de buen grado ó por la fuerza los odiosos tratados de Viena, y de restablecer el equilibrio roto entre Francia y las grandes potencias.

La inmensa falta del congreso de Viena, consiste en haber puesto un país militar, como es el de Francia, en estado forzoso de hostilidad con los pueblos ribereños.

Inglaterra ha conservado casi todas las conquistas que ha hecho en las colonias de las tres partes del mundo durante la guerra de la revolución. En Europa se posesionó de Malta y de las islas Jónicas: hasta su electorado de Hannover se ha hinchado en reino y se ha forrado de algunos señoríos.

Austria ha aumentado sus posesiones con una tercera parte de la Polonia, de las raeduras de la Baviera, y de una parte de la Dalmacia y de la Italia. Es verdad que no tiene los Países-Bajos; pero esta provincia tampoco ha sido devuelta á Francia.

Prusia se ha engrandecido con el ducado ó palatinado de Posen, y con un fragmento de la Sajonia y de los principales círculos del Rhin: su puesto avanzado está sobre el antiguo territorio francés.

Rusia ha recobrado la Finlandia, y se ha establecido en los bordes del Vístula.

¿Qué ha ganado la Francia en esos arreglos? el que se la despojase de sus colonias, y no se respetara su antiguo territorio: Landau desprendido del dominio de esa nación y Huninga arrasado, abren extensa brecha en sus fronteras. Un combate desgraciado bastaría para que sus enemigos pudieran penetrar hasta París. La experiencia ha demostrado, que una vez caída esta capital, cae toda la nación con ella. De manera, que hablando con toda verdad, puede decirse que la independencia nacional francesa está entregada al azar de una sola batalla, y á una campaña de ocho días. La repartición envidiosa é imprudente del congreso de Viena, obligaría en un tiempo dado á la Francia á transportar su capital al otro lado del Loire ó á extender sus fronteras hasta el Rhin. No se crea que esto es una absurda bufonada: la Holanda victoriosa en Mons, podría venir á descansar al Louvre. Los inútiles gritos de París ¿serían más eficazmente oídos del resto del territorio que lo que lo fueron los de la restauración? Las demás capitales de Europa guarecidas en sus provincias, defendidas por las plazas y las poblaciones que las cubren, no tienen tanta importancia, y aun cuando fuesen tomadas, no por eso quedaría destruido el Estado á que pertenecen. Todo lo contrario sucede con la Francia, tal cual los aliados la han dejado construida.

No sabemos si en el proyecto de rodear á París con fuertes aislados entra por algo la prevision de los peligros á que se halla expuesta esa capital. Pero el remedio sería peor que la enfermedad, pues cuando el enemigo llegara á apoderarse de alguno de esos fuertes, podría convertirlos en puntos de apoyo de la invasión, y no mediando algun incidente, esos fuertes vendrían á ser el campo atrincherado de los pretorianos.

El pensamiento de obtener fronteras por la vía de la fuerza ó por la de las negociaciones, no era un pensamiento quimérico: en un folleto escrito en 1831, demostramos que la Francia perdió en esa época una ocasión que no volverá á encontrar: era tal el terror

que entonces inspiraba á los reyes, que habría alcanzado cuanto hubiese querido sin disparar un balazo. ¿No siguen los franceses ocupando á Ancona con gran disgusto del Austria? ¿No ha saludado respetuosamente Prusia las bombas francesas durante el sitio de Amberes, admirando en la oscuridad de la noche las parábolas luminosas de estos proyectiles? ¿No se ha interesado en el efecto que producía el mortero monstruo? M. de Metternich dijo que el arresto del arzobispo de Colonia era un grande acontecimiento, y tenía razón, suponiendo que Francia hubiese sabido verlo y aprovecharse; que hubiese querido aconsejar y sostener al papa en su resistencia legítima; que hubiese conocido el espíritu alemán, y que hubiese entrado francamente en los intereses religiosos de las provincias resentidas. Verdaderos hombres de Estado sabrían combinar la reunion de los círculos católicos del Rhin con la Francia, y prepararían una transacción tanto más duradera, cuanto que se fundaría en una idea civilizadora, en la religión. Durante la guerra de España en 1823, no habría faltado apoyo á la Francia para ayudarle á conseguir una extensión de fronteras reclamada por el interés del nuevo equilibrio europeo: Alejandro había sido siempre de opinión que Francia había sido demasiado despojada; comprimida entre el emperador y la nación francesa no habría podido resistir la Europa alemana á tan justas reclamaciones; el czar al ver el prestigio adquirido por las armas francesas en la península, habría naturalmente vuelto á sus antiguas nociones de equidad; era fácil obligar á la Prusia volviendo á interesarse por el arreglo de la Sajonia, abandonada al congreso de Viena por un cántaro de vino de cuatro millones.

Las pruebas de nuestra aversión á los tratados de Viena son numerosas: respiran en todos nuestros discursos y nuestros escritos antes de la guerra de 1823, y después de esa guerra tampoco nos ha abandonado nunca la idea de dar útil ensanche á nuestra patria. La *Memoria sobre los negocios de Oriente*, que el conde de La Ferronnais nos pidió, hallándonos de embajador en Roma, reproduce la misma opinión, como se ve de las siguientes palabras.

«Hemos demostrado lo bastante que la alianza de Francia con Inglaterra y Austria contra Rusia, es engañosa, y que de ella solo sacaríamos pérdida de nuestra sangre y de nuestros tesoros. La alianza con Rusia, por el contrario, nos pondría en el caso hasta de adquirir establecimientos en el archipiélago, y de avanzar nuestras fronteras hasta las orillas del Rhin. Podemos hablar á Nicolás de esta manera: «Vuestros enemigos nos solicitan: nosotros preferimos la paz á la guerra; deseáramos guardar neutralidad; mas si no podeis arreglar vuestras diferencias con la Puerta, mas que por medio de las armas; si quereis ir á Constantinopla, entrad con las potencias cristianas en una equitativa repartición de la Turquía europea. Las potencias, cuya situación no les permita adquirir nuevos Estados por el lado de Oriente, sean indemnizadas en otros puntos. Francia desea tener la línea del Rhin desde Estrasburgo á Colonia. Tales son sus justas pretensiones. Rusia tiene un interés (asi lo dijo vuestro hermano Alejandro) en que la Francia sea fuerte. Si consentís en este arreglo y las demás potencias no se prestan á él, no toleraremos que intervengan en vuestras diferencias con la Turquía; si os atacan á pesar de nuestras manifestaciones, combatiremos á vuestro lado, mediante las condiciones que acabamos de expresar.»

Esto es lo que pudo decirse á Nicolás. Jamás la Austria, jamás la Inglaterra nos habrían dado el límite del Rhin por precio de nuestra alianza con ellas; y sin embargo, ese es el límite donde tarde ó temprano Francia debe fijar sus fronteras, tanto por su honor, como por su seguridad.

Esa idea retrospectiva, que acariciamos en secre-

to, como que debía derivarse del éxito de las armas francesas en la península, no la comunicamos á nuestros colegas bastante desgraciados de haberse comprometido ya en hostilidades en forma de proyectos, de queja y de vagas esperanzas.

Cierto día fuimos á despauchar con el rey y lo encontramos solo sentado junto á su pequeña mesa, en cuyo pupitre se apresuró á ocultar las notas que siempre estaba escribiendo á beneficio de unos anteojos de gran potencia. S. M. estaba de buen humor y en el momento se puso á hablarnos de literatura.

«Creeríais, nos dijo, que he pasado una porción de años sin conocer la cantata de Circe, M. de Avaray me lo ha echado en cara, y la he aprendido de memoria.» En seguida S. M. se puso á recitar la cantata.

De aquí pasó al cántico de Ezequías, y cuando llegó á esta estrofa:

Como tigre insaciable etc.

nos tomamos la libertad de preguntarle si conocía la enmienda hecha por Rousseau substituyendo á esas palabras las siguientes:

Cual leon bramando de ira, etc.

El rey se manifestó sorprendido y nos hizo repetir la cambiante. De la poesía lírica pasó á la familiar, á las canciones vulgares y á las zarzuelas: cantó un retazo del *Chanclo perdido* y también nos atrevimos á interponer algunos versos:

Puede hablarse mas bajo,
mi querida pastora.

El rey representaba el cardenal de Richelieu, y nosotros veníamos á ser un Conrat ó un Maleville ayudando á Armand á compaginar aquel hermoso verso:

La caña se humedece con la espuma del agua.

Viendo á S. M. de tan buen humor le presentamos sobre nuestro sombrero lo que teníamos que despauchar, deslizándolo al propio tiempo á propósito de nuestras victorias, algunas palabras acerca de la frontera del Rhin. S. M. alargó los labios, dió un pequeño resoplido; levantó un dedo de la mano derecha á la altura de su ojo y nos hizo una amistosa indicación de cabeza invitándonos á tomar la puerta y como diciéndonos: «Hasta la vista.»

Por todas partes se va á Roma.

Por mucho que procurásemos sepultar en nosotros mismos nuestro pensamiento relativo á los tratados de Viena, un despacho de M. de Raynal demuestra que se nos sospechaba en Prusia: esta potencia se quejaba de la Inglaterra que por su oposición nos forzaría á redoblar la actividad y nos haría temibles para el continente. Por otra parte, M. de La-Ferronnais en una de sus cartas, refiere los temores que el Austria manifestaba de las victorias que la Francia iba alcanzando: decía el Austria refiriéndose á los franceses: *esos hombres se envanecerán, y podrá temerse de ellos cualquiera cosa.* Mas afecto profesaba el gabinete de Viena á la nación francesa cuando ponía en duda la lealtad del ejército de esta.

LII.

Hay que crear dos máquinas políticas.—Envidias por todas partes.—Pretension de Nápoles.—La Rusia.—Ordenanzas de Andújar.—El duque de Angulema.

Para la ejecución de esos proyectos, necesitábamos dos máquinas capaces de levantar pesos enormes: un ejército para hacernos dueños del terreno, y una junta española para hablar á esta nación en nombre de sus hijos, á fin de que las guerrillas realistas, diseminadas en la península, se sometieran á la obediencia.

El ejército, en medio del soplo de la guerra se reanimó de sus mismas cenizas; soldados no podían hacer falta en la tierra de Cloveo, Carlomagno, San Luis, Francisco I, Luis XIV y Napoleón; dinero tampoco podía escasear contando con el voto legislativo y con un ministro tan hábil como M. de Villele. No faltaba más que crear, y se creó. Se había engañado al mariscal de Bellune por lo tocante al acopio de víveres y forrajes: se habían formado almacenes á costa de muchos gastos, ¿pero qué importa? mayores debían ser aun las ganancias. Las tropas francesas se lanzaron de lo alto de los Pirineos á su manera, es decir, como torrentes. El buen éxito fue adunando todas las opiniones: el honor y la vigilancia francesa no dieron lugar en el campamento á esos proyectos que la ociosidad de las guarniciones suele engendrar.

Una junta provisional española entró con el ejército francés en la península, y al llegar á Madrid se convirtió en junta de regencia, M. de Martignac la acompañaba en calidad de comision civil, y el conde de Caux en concepto de encargado de negocios, hasta que llegó el marqués de Talaru, nombrado por instancia nuestra embajador.

Estas eran las dos máquinas políticas de que hemos hablado, el ejército y la junta; una vez que estuvieron montadas, no hubo más que dejarse llevar de su impulso y prevenirse para todo movimiento que en lo exterior pudiera ocurrir.

En Viena teníamos que combatir las envidias que unas veces se presentaban con la faz descubierta y otras embozada con el velo del interés. El gabinete austriaco alarmado con el buen éxito de nuestra expedición, acudió al extremo de impulsar al pobre gabinete de Nápoles á reclamar la regencia de España. Miserable gestión que nadie ha sabido, y que estuvo á punto de echarlo todo á perder por la incertidumbre que momentáneamente causó en las operaciones. En la correspondencia publicaremos los detalles. La conclusion hubiera sido que Francia habria hecho la guerra en beneficio del rey de Nápoles, el ahijado y heredero de la familia de Fernando; el anciano monarca no podia venir á ponerse al frente del ejército, pero habria sido representado por el príncipe de Castel Cicala, bajo cuyas órdenes el duque de Angulema habia tenido el honor de servir. El emperador de Rusia puso fin á esta representacion de polichinelas, en la que M. de Metternich tomaba parte, aconsejando al soberano de Nápoles regresase á sus Estados para dedicarse al gobierno de sus monarquías.

Otra vez el Austria salió con una proposicion que debió ser muy grata á la Francia: M. de Caraman nos la comunicó, diciendo: que M. de Metternich se lisonjeaba de conseguir que la Inglaterra tomase parte en las deliberaciones del gabinete francés por lo tocante á España. De manera, que si dicho gabinete aceptaba la mediacion, nada le restaba ya que hacer: todo quedaba encomendado á la bienaventurada mediacion del Austria, así como S. G. el duque de Wellington, nos habia propuesto anteriormente la mediacion de Inglaterra. Prusia siguió por de pronto el movimiento de San Petersburgo; pero cuando despues de la libertad de Fernando creyó vislumbrar algunas veleidades constitucionales por lo tocante á las instituciones de España, se presentó algo borrascosa. El representante de la Prusia en Madrid, causó bastante daño á nuestro proyecto, entrando demasiado en las pasiones absolutas del país.

A la menor palabra de constitucion, se alarmaban los oídos de la alianza; nosotros, como autores de la Monarquía, con arreglo á la Carta, éramos sospechosos en alto grado; se nos suponía enemigos de las insurrecciones militares, de las instituciones liberales deliberadas en un campamento; mas si en el fondo reconocíamos los derechos del pueblo, ¿Valiamos mucho más que los soldados de la isla de Leon?

Esta era el arma de que el gabinete de Viena se valia para combatir nuestra influencia en Berlin y San Petersburgo, procurando neutralizar nuestra accion en el ánimo de Alejandro.

Este seguia dispensándonos la proteccion que habíamos sabido granjearnos en el congreso de Verona; defendia á la Francia en Viena; daba la mano para desconcertar el grotesco y peligroso complot escondido bajo el manto del rey de Nápoles, y por último, en Londres hizo decir que si la Inglaterra atacaba á la Francia durante la expedicion de esta en la península, el czar lo consideraria como una declaracion de guerra á los aliados, y la aceptaria como tal. Este franco lenguaje detuvo á M. Canning. Pero si el emperador de Rusia obraba con tanta lealtad como acabamos de decir, hay que tener en cuenta que su misma benevolencia venia por otro lado á causar algun embarazo á la situacion: pedia que se formara en Polonia un ejército de reserva de sesenta mil hombres, que denominándose de la Alianza, no se habria puesto en movimiento sino con arreglo á las exigencias de esta, y en particular con arreglo á la solicitud del gabinete de las Tullerías. Semejante proposicion alarmaba al gobierno francés, pues era difícil decir al czar: «aceptamos vuestros servicios mientras no pasan de palabras; pero los reusamos, así que se convierten en realidades.»

El gabinete austriaco, á quien tambien se habia dado noticia de este proyecto, se escudaba en el fárrago de una multitud de palabras; se referia en un todo á la Francia, y dejaba á esta nacion en el compromiso.

Mientras que en Rusia tomábamos todas las precauciones posibles para dar á comprender que tal vez nos veríamos obligados á dejar una constitucion en Madrid, en Inglaterra teníamos toda nuestra atencion en demostrar que lejos de ser absolutistas, amamos la libertad tanto como cualquiera miembro del parlamento. La Gran Bretaña consentia en intervenir en la libertad de Fernando si entrábamos en las miras de los reinos unidos; pero en ese caso la Rusia amenazaba. Era preciso salir de tan enredado laberinto; no romper con nadie y encaminarnos directamente á nuestro objeto dando oídos á todo. Decian que nadie podia adivinar lo que queríamos; que teníamos dos intenciones, que jugábamos con dos planes, y que nuestras palabras estaban en contradiccion con nuestras palabras; esto era cierto en cuanto á la forma, y falso en cuanto al fondo.

Por de pronto todo el trabajo consistia en asegurar la neutralidad de Inglaterra. Excepto en la cuestion de la guerra, estábamos más acordes con las ideas de esta nacion que con las de los demás aliados. El gabinete de San James se aprovechaba de esta simpatía constitucional para hacernos sospechosos á la Europa; diciendo que deseábamos dar á la península un gobierno representativo.

Nos veíamos precisados á tartamudear en nuestros despachos y en nuestras cartas algunas palabras no muy graciosas respecto de la Alianza; no se engañaba esta mucho al juzgarnos, y unas veces teniendo el buen éxito de nuestras armas, y otras queriendo engalanarse con ellos, se lamentaba de que éramos tan pródigos de afecto en nuestras palabras, como parcos en nuestros escritos. El emperador de Rusia, autor de la alianza, no queria que ostensiblemente se hiciese poco caso de ella; inclinábase hácia nosotros; propendia á desensamblarse de sus amigos de la llanura des Vertus; pero procuraba que no se lo conocieran. Tambien es cierto que el inesperado triunfo de la Francia le causó alguna envidia, pues en secreto se habia lisonjeado de que al fin tendríamos que recurrir á él. ¡Tan cierto es que ni las naturalezas mas entretejadas á la inspiracion del bien se hallan enteramente á cubierto de la sorpresa del mal.

En Inglaterra todo eran enemigos, exceptuando el rey, M. Peel, el duque de Wellington y el antiguo partido de Castelreagh que no amaban los principios niveladores, ni á los militares que votaban á la manera de Comwell; pero aun esos mismos, agitados por las envidias nacionales, eran arrastrados por el oleaje de la opinion. Los radicales proponian

ir á bombardear á San Petersburgo y marchar contra las tropas francesas al Ebro: enviaban á los liberales españoles socorros, que el gabinete de San James hacia como que no veia. Roberto Welton pasó personalmente á la península con voluntarios.

En una carta pasmosa persu estilo, invimiento, lenguaje á la vez imperioso, fascinador ó sublime



LA ACOMPAÑE HASTA LA PUERTA, ETC.

M. Canning, arrastrado del númer, y no pudiendo contenerse, llegó al extremo de manifestar sentimiento de que en 1707 se hubiese ganado la batalla de Almansa, que dió la corona de España á los Borbones. Adviértese desde luego el temor que le inspiraban las nuevas victorias posibles de la Francia: el pacto de familia no puede borrarse de la memoria, y para dar más peso á la amenaza, se proclama intérprete de los sentimientos de la Gran Bretaña. Al mismo tiempo lamenta nuestra ausencia de la embajada de Londres, haciéndonos el honor de manifestar que nos temia en el departamento de Negocios Extranjeros, y dice que lord Liverpool nos habia visto profesar opiniones distintas de las que entonces tenía-

mos. Lord Liverpool habia confundido nuestra urbanidad con nuestros pensamientos íntimos: la prueba de que en tiempo de aquel lord teníamos el mismo modo pensar, es que ya entonces escribíamos acerca de la guerra de España al vizconde de Montmorency.

Despues de la libertad de Fernando, la intrusion del gabinete inglés vino á ser una cosa molesta: detenido por la Rusia y por la rapidez de nuestros pasos, por de pronto se mostró indeciso: Cobbet se lo echó justamente en cara. Nuestra posicion tenia un flanco vulnerable: cuando la expedicion de Silveira entró en el territorio español, los franceses debimos reusar el apoyo por no suministrar pretexto de agresion á la

Inglaterra. M. Canning podía, como ya lo hemos dicho anteriormente, hacer desembarcar algunos regimientos ingleses en Lisboa, y hallándose el flanco del ejército francés amenazado, no le habría sido posible seguir al gobierno de Madrid á Sevilla. Si las córtes hubiesen permanecido en el Mediodía de España, si no se hubiese dado libertad al rey en Cádiz, si se hubiese defendido esa ciudad, ó hecho embarcar á Fernando, podían haber surgido incidentes imposibles de calcular, incidentes que una sola demostración del gabinete de Londres podía haber provocado. La Providencia miró con ojos propicios la temeridad de la empresa.

Nos atrevemos á decir que no sabemos de nadie que en aquella época hubiese podido desempeñar la cartera de Negocios Extranjeros, por lo menos, nadie que hubiese hecho la guerra segun nuestras ideas. M. de Montmorency, y los que participaban de sus ideas, deseaban sofocar la revolucion española; pero no habrían solicitado esa empresa con el deseo de romper luego con la Europa. Destruir la obra de las córtes, sin convertir esa accion en beneficio del poder y de la emancipacion de la Francia, era no haber hecho cosa alguna sino para la seguridad de un momento: no hallándose el porvenir de Francia ni emancipado ni seguro despues de terminada la empresa, los trastornos habrían vuelto á tener lugar en España. M. de Talleyrand, que se manifestó enemigo de esta guerra, está fuera de la cuestion.

En Madrid ocurría una dificultad cada cuarto de hora, unas veces con la junta de la regencia, que el gabinete francés reconocía como soberana y cerca de la cual tenía su embajador, y otras con los representantes de las demás naciones acreditados tambien cerca de ella. Envidiosos de la Francia segun el humor de sus diversos gabinetes, estos ministros tan pronto amenazaban retirarse, como insistían en medidas que no convenían á los intereses del ejército francés; ó bien tomaban parte en las pasiones de los miembros de la junta ó de los diversos gefes realistas; ó bien pedían á M. de Talaru conferencias generales, como si los aliados hubiesen estado allí ellos mismos con su dinero y sus soldados; sin embargo, la guerra era enteramente francesa, pues sobre esta nacion pesaban las cargas y los peligros. El enviado designado por el Austria, á propósito de la intervencion de Nápoles, decía desde luego que no había recibido órdenes de su gabinete, y que no podía pasar á Madrid para reconocer la junta: todo eso ocurría en presencia de las facciones españolas atentas á los menores síntomas de division.

La Francia se había visto obligada á intervenir en la formacion de la junta, ó mejor dicho, á creerla: la junta era la que hablaba á los españoles en nombre su rey; la que impulsaba á los generales de las córtes á tratar con una autoridad de su propio país, cuya autoridad disimulaba á la vista de aquellos lo que podía haber de penoso en un cambio brusco de opinion y de partido. Tambien alentaba á los realistas que al ver cerca de ella un cuerpo diplomático, creían hallarse sostenidos por toda la Europa. Los franceses no habrían podido avanzar una legua del lado de acá de los Pirineos sino hubieran contado con la poblacion. Pero la junta tenía la índole de su país, y las animosidades que tal vez se mezclaban con esa índole, le daban en algunas ocasiones un humor intratable. Además cometió tantas tonterías, y publicó un decreto tan amenazador contra los milicianos que regresaban á sus hogares, que obligó al duque de Angulema á alejarse de Madrid y á publicar en Andujar el 8 de agosto de 1823, la siguiente ordenanza:

«Nos, Luis Antonio de Artois, príncipe de Francia, general en jefe del ejército de los Pirineos,

»Considerando que la ocupacion de la España por el ejército francés que mandamos, nos impone la in-

dispensable obligacion de procurar la tranquilidad de este reino, y la seguridad de nuestras tropas,

»Hemos mandado y mandamos lo siguiente:

»Artículo 1.º Las autoridades españolas no podrán poner preso á nadie sin autorizacion del comandante de nuestras tropas en el distrito en que se encuentren.

»2.º Los comandantes en jefe de nuestro ejército, mandarán poner en libertad á los que havan sido presos arbitrariamente ó por motivos políticos, sobre todo si son milicianos que regresan á sus casas.

»Exceptúanse, sin embargo, los que despues de su regreso hayan dado justos motivos de queja.

»3.º Los comandantes en jefe de nuestro ejército, estan autorizados para mandar prender á los infractores de la presente orden.

4.º »Todos los periódicos y periodistas quedan encomendados á la vigilancia de los comandantes de nuestras tropas.

5.º »Se imprimirá y fijará la presente orden en todos los sitios de costumbre.

»Dada en nuestro cuartel general de Andujar el 8 de agosto de 1823.

»LUIS ANTONIO.

»Por S. A. R. el príncipe general en jefe

»El Mayor general,

»CONDE GUILLEMINOT.»

Explicamos en una carta á M. de La Ferronais todo lo bueno que puede decirse acerca de esta orden, la cual sin embargo puso á la prensa española en estado de sitio. Los generales franceses acostumbrados á las guerras napoleónicas y á los decretos del dueño del mundo, no podían desprenderse de ciertos ademanes teatrales y sorprendentes; el príncipe general se dejaba llevar de un espíritu de imitacion que en vez de engrandecerlo, le hacia bajar de su nivel. La orden filosóficamente hablando, es altamente honorífica; pero considerada políticamente, no pasa de ser una falta trascendental. Elevaron el decreto de Andujar sobre las nubes: los visionarios encontraban en él su porcion de filantropía y de progreso del siglo; los enemigos que se picaban de mas prevision, deducían la ruina de los realistas franceses: de aquí nació toda la admiracion.

Obligado estaba indudablemente el duque de Angulema á impedir las reacciones y á franquear sin estrépito las puertas de las prisiones á los que estaban detenidos por causas políticas; pero formar de esa medida humanitaria una orden tan manifiesta, decir á los realistas, que se favorecía á los liberales, era armar contra los franceses al clero, y la poblacion entera, esa poblacion que nos había abierto las puertas de las plazas, que quitaba todo peligro á la invasion y que nos hacia marchar con el arma del siglo; los enemigos que se picaban de mas prevision, deducían la ruina de los realistas franceses: de aquí nació toda la admiracion. Obligado estaba indudablemente el duque de Angulema á impedir las reacciones y á franquear sin estrépito las puertas de las prisiones á los que estaban detenidos por causas políticas; pero formar de esa medida humanitaria una orden tan manifiesta, decir á los realistas, que se favorecía á los liberales, era armar contra los franceses al clero, y la poblacion entera, esa poblacion que nos había abierto las puertas de las plazas, que quitaba todo peligro á la invasion y que nos hacia marchar con el arma del siglo; los enemigos que se picaban de mas prevision, deducían la ruina de los realistas franceses: de aquí nació toda la admiracion.

Los hombres de práctica que quieren los medios cuando quieren los fines, sabrán calcular la alarma que aquella medida produjo. Júzguese en efecto, teniendo presente el carácter de los españoles, de un pueblo que considera toda amnistía como una denugacion de justicia; que no profesa aprecio á la indulgencia; que juega siempre la vida por la vida y que da muerte ó la recibe como se cumple con un deber ó se paga una deuda, júzguese repetimos cómo se recibiría esa orden no apreciada ni aun por parte de aquellos mismos cuya suerte se proponía mejorar.

Ya se verán los esfuerzos que hubo que hacer para contener ese santo y magnánimo arrebató sin entregar ninguna víctima.

Por lo demás, el mismo duque de Angulema era personalmente un obstáculo para la expedicion: solitario, descontento de todo el mundo y quejándose de todo á cada paso, estaba amenazando con retirarse á Francia y dejarlo todo en el estado en que se hallaba. Tampoco consultaba el parecer de M. Talaru, ni le dejaba mas accion que el corregir las intempestivas medidas que solía adoptar. No concedía confianza á nuestra persona, y se la otorgaba á M. de Villele. Las cartas del príncipe que el presidente del consejo nos leía, estaban llenas de buen sentido, y revelaban juicio y conocimientos militares.

Al mismo tiempo sosteníamos correspondencia con nuestros generales por lo tocante á gobernadores de plazas y gefes del ejército de las córtes. Cuando nuestras naves no habían anclado á la hora fija, cuando nuestras tropas no habían caminado con bastante velocidad y cuando alguna operacion no había podido realizarse por falta de embarcaciones de transporte ó de municiones, sufríamos un verdadero suplicio. Desde el jardín de las Tullerías veíamos jugar el telégrafo deseando ó temiendo la noticia que pasaba volando sobre nuestras cabezas. ¡Oh mula cargada con el oro de Felipe, qué falta nos hacías para entrar en las fortalezas de Fernando! Si hubiéramos tenido un tesoro propio de 50.000.000, lo habríamos gastado á trueque de superar los obstáculos. Infimas nos parecían las sutilezas de las negociaciones de Ouvrard comparadas con el objeto que nos proponíamos: necesario era algun dinero cuando se trataba de un asunto del que dependía la salvacion y el porvenir de la Francia. Llevábamos exacta cuenta de las horas: un momento de retraso nos sumergía en un abismo de incertidumbre. Todo eran temores en nuestro alrededor: la España iba á escapársenos; la Europa iba á dividirse. Solo una pronta victoria podía justificar nuestra empresa. ¿Qué habría sido de nosotros si hubiéramos tenido que emprender una segunda campaña? ¿Qué triunfo para los que nos habían pronosticado desastres! Habríamos sido considerados como los mas locos, mas culpables y mas ineptos de todos los hombres; no habría habido oscuro rincón donde poder escondernos; hechos objeto de la universal reprobacion no nos habría quedado mas que la ceniza y el cilicio, y la Francia hubiera vuelto á caer en una revolucion peor que la primera. Esta idea nos aterraba tanto mas, cuanto que no siendo mas que ministro de Negocios Extranjeros, y no teniendo la presidencia del consejo, no disponíamos como en una monarquía absoluta de las rentas del Estado y de la voluntad del rey: un discurso de las cámaras, una intriga de palacio podía á cada instante precipitarnos antes de haber dado cima á nuestra obra.

Finalmente, los embarazos de nuestra posicion en Francia, venían á darse la mano con las dificultades que teníamos que vencer en lo exterior.

LIII.

Conferencias.—Ministros en un gobierno representativo.

Segun las antiguas estipulaciones, las cinco grandes potencias debían ocuparse en comun de los asuntos concernientes á cada una de ellas. Inglaterra se había sometido á esta cláusula en el congreso de Aix-la-Chapelle con motivo de las colonias españolas; el emperador de Rusia se había conformado con ellas en el congreso de Verona por lo tocante á sus disensiones con la Puerta, y por consiguiente Francia no tenía mas remedio que someterse á sufrir esa peligrosa obligacion de los antiguos instrumentos auténticos. Los embajadores de Rusia, Prusia y Austria venían al

ministerio de Negocios Extranjeros á charlar sobre los asuntos de España en supuestas conferencias que no teníamos derecho de rehusar. ¿Cómo habríamos explicado francamente á la Europa que nos aventurábamos al peligro de la guerra con la península por solo la esperanza de emanciparnos de los tratados de Viena? Preciso era dejar que la Francia huérfana desde la muerte de Napoleon fuera creciendo

«Hasta que al fin llegará la ocasion que el cachorrito fuera ya león.»

Richelieu y Mazarino no tuvieron contratiempos, el uno para encender la guerra de los treinta años, ni el otro para terminarla. ¿Qué habrían hecho si hubieran tenido precision de conferenciar con ministros extranjeros, ó de rechazar en la tribuna los ataques de sus adversarios en disposicion que ni aun para justificarse habrían podido revelar sus planes? El primer diputado elocuente los hubiera vencido. Toda obra que pida tiempo, secreto, y una misma mano, viene á ser casi imposible en un gobierno representativo tal cual el espíritu francés lo ha concebido. ¿Podrían actualmente seguirse las negociaciones complicadas y misteriosas que al maestro de Luis XIII sirvieron para humillar la casa de Austria, armando los protestantes de Alemania despues de haber hundido los de la Francia y haber hecho salir á Gustavo Adolfo de las rocas de la Suecia? Esa vasta máquina habría funcionado con la ayuda del P. Josef que traía en la manga el oro y las promesas, y que siendo interrogado acerca de un hecho en medio de la misa contestaba entre dos *Dominus vobiscum*: «Ahorcad, ahorcad.» Pero si un periódico ó un charlatan de la cámara se hubiera agarrado á la capucha del fraile ¿cómo habría este podido caminar? Un grande espíritu de gabinete no tiene en Francia mas seguridad de vida que una legislatura, pues las tres cuartas partes del día se ve obligado á defender miserablemente su persona. La prolongacion de un ministerio es hoy casi siempre señal de su mediana capacidad, y no dura mas que por una interesante analogía de impotencia entre el gobernante y el gobernado. Las cualidades que dan inmortalidad á un ministro, excitan demasiadas envidias, y son por otra parte rebeldes, es decir, no saben doblegarse á las conveniencias de los magnates. ¿Sabe por ventura todo el mundo enseñar á hablar á una urraca chillona? Si esos hombres superiores carecen del don de la palabra, quedan eternamente perdidos para el Estado. Y téngase entendido, que ese don generalmente es patrimonio de las cabezas huecas. Richelieu mudo habría tenido que ceder el puesto á un legista hablador.

Si se nos opone el ejemplo de Inglaterra; si en ese país lord Chatam y su hijo han gozado muchos años del poder como hombres de Estado y como oradores; si han tenido espacio para realizar sus designios, no hay que atribuirlo sino á que los ingleses no son tan impacientes como los hijos de la Francia, y á que la aristocracia de aquel país participa algo de la constancia, la fuerza y el secreto de aquella monarquía de que puede considerarse como usurpadora y heredera: en la época en que los dos William aparecieron, la democracia no había invadido aun la sociedad. Dudamos que en la Inglaterra de 1838, M. Pitt hubiese conseguido los triunfos ni la existencia que lo elevaron (hace ya cuarenta años) á la altura de los mas eminentes políticos. Muchos Jimenez y muchos Alberoni morirán en la actualidad sin darse á conocer.

No se aprecian todo lo suficiente al juzgar los depositarios del poder las diferencias de los tiempos presentes con las de los antiguos: los obstáculos diplomáticos, las intrigas de los gobiernos secretos y absolutos son lo que eran en otro tiempo, y además hay que luchar con las inquietudes de los gobiernos públicos y constitucionales, sin hablar de las indiscre-